

ENRIQUE
CUENCA

A detailed portrait of Leonardo da Vinci, showing him from the chest up. He has a long, flowing beard and hair, and is wearing a dark cap. The background is dark and textured.

LEONARDO
DE VINCI

Diputación de Almería — Biblioteca. Leonardo de Vinci.,

ENRIQUE CUENCA

Rivoli
3,00

R-10218 A

LEONARDO D VINCI

Portada de COLL



EDICIONES G. P. BARCELONA

**ESTA OBRA NO
SE PRESTA**

ENRIQUE CUENCA

2.000
3.00

R-10218 A

LEONARDO D VINCI

Portada de COLL



EDICIONES G. P. BARCELONA

**LA ESENCIA FINA SE VENDE
EN FRASCO PEQUEÑO**

La **ENCICLOPEDIA PULGA**
es la mejor compañía
para aquel que quiera
saber algo.

Por poco dinero y en
poco tiempo podrá dispo-
ner de una extensa Bi-
blioteca.

Una obra que debe leer
toda la familia, porque a
nadie desagrada curio-
sarse lo bueno.

GRÁF. GUADA, S.R.C. Rosellón, 24. Barna

*Para llegar a las alturas hay
que renunciar a la propia vida
y confiarse a Dios.*

JACINTO VENTURA

El clima en que se desenvuelven los genios no es siempre asequible al resto de los mortales. Por eso, el Genio, es muchas veces piedra de escándalo y contradicción. Sus senderos no son caminos trillados. Los destellos del Genio ciegan y, éste se remonta en vuelo de águilas, se pierde en el azul infinito.

La obra — la del Genio — es obra profética: por eso precisamente, con harta frecuencia, se ve el vidente repudiado de los suyos, ciegos éstos de claridad. También la luz ciega...

Así fué, así aparece, inmortal a la posteridad, Leonardo de Vinci. Prisma de múltiples facetas, lo fué todo: arquitecto, escultor, músico, poeta y audaz inventor, que tuvo la osadía de escribir estas palabras en su libro de notas, hace 475 años:

«Si las aves pueden mantenerse por medio de las alas en el aire, si los enormes navíos pueden, por medio de sus velas flotar sobre las aguas, ¿por qué el hombre — ser superior de la tierra — no ha de poder ser dueño de los vientos y remontarse triunfador por el espacio...?»

Proféticos, en verdad, han resultado ser los que en su tiempo calificaron de fútiles sueños. Múltiples y variadas han sido sus ideas sobre ciencia y mecánica. Aún hoy, nos asombran esos dibujos de máquinas voladoras y barcas de vapor, hechos con precisión matemática, y que se anticiparon siglos enteros a nuestra conquista de los aires y las aguas.

Mas, por encima de todo, fué pintor. Pintor exímio. Su obra perdurará

a través de los tiempos como la de un Maestro de Maestros.

Nació en 1452, en una quinta, entre Florencia y Pisa, cerca de la aldea de Vinci. Época del Renacimiento, el ambiente era propicio para el que había de resplandecer como astro de primera magnitud en el excelso firmamento del arte.

Su padre, ser Piere, hijo de un notario, amó en sus mocedades a una joven y bella campesina. Se llamaba Catalina. Piere tenía a la sazón sólo 22 años. De este amor loco e irreflexivo nació Leonardo. Pero el notario, padre del joven galán, se opuso a esta boda. Y Catalina, que si bien era agradada, carecía de alcurnia y linaje, hubo de olvidar a su amante. Lo hizo dulce y resignadamente, sin escenas violentas, alejándose del burgués que le prometiera amor eterno.

Al año, Piere casa con Albiera de Giovanni, y Catalina, a su vez, más tarde, con un labrador indulgente y comprensivo que le hizo olvidar su abandono.

Piere, sin duda, por afecto y en

recuerdo a la mujer amada, educó con gran cariño a Leonardo al que, según se cree, reconoció.

La sociedad es intransigente y dura. Así, prejuicios y conveniencias sociales alejaron a Leonardo de la madre, para siempre. No es fácil llenar este vacío en la vida de un hombre. Y menos en el corazón de un artista como Leonardo. Consuélase éste de su soledad vertiendo, más tarde, ternuras sin fin en sus lienzos de luz.

Albiera de Giovanni muere y ser Piero contrae segundas nupcias con una jovencita de 16 años. Casa todavía, luego, con Margarita, que le lleva en dote trescientos sesenta y cinco florines y cuatro hijos y una hija. Piero, a los sesenta años de edad, se encuentra viudo por tercera vez. No se conforma sin mujer; la vida, por lo visto, se le antoja un páramo sin esposa a quien prodigar ternuras y caricias, y a los sesenta, lleno de ilusiones, casa con Lucrecia di Cortegiani, de la que tiene ¡oh, pródiga naturaleza!, seis hijos.

Si el corazón de ser Piero se nos

presenta insaciable, como la arena del mar, el de Leonardo tuvo mucho del padre, al darse a las cosas. Fueron tantos sus amores, en particular espirituales, que no falta quien le tilde de voluble al confundir la inquietud de su espíritu y sus ansias infinitas, con lo versátil.

No se puede prestar a los hechos una interpretación forzada, ni tampoco sostener que cuantas veces el hijo de un notario tenga, a su vez, uno de una campesina, éste deba ser un hombre notable. Pero no cabe duda de que todos llevamos en nosotros las cualidades de nuestros ascendientes.

Si Leonardo pudo heredar de una familia de notarios cierto gusto por la discusión y el conocimiento de las cosas, no se ve claro por qué estas circunstancias le habían de llevar al mismo tiempo al campo de las artes. No es aventurado, pues, creer que fué la campesina quien le confundió el amor a la naturaleza, a los paisajes, a las plantas y, sobre todo, a los animales, a los que dedica, con insólita constancia, un amor de capta-

ción admirativa. Más de un campesino habrá nacido con maravillosos dones; mas, por no tener ocasión de exteriorizarlos, se habrá quedado sin darse a conocer como artista. En cambio, en el caso de Leonardo, los florines del notario permitieron al joven adquirir una instrucción primaria y dedicar al estudio del dibujo su manifiesta inclinación.

Ninguno de sus hermanos reveló la más ligera tendencia artística.

Cuando la leyenda de Leonardo comienza a crecer, uno de sus hermanastros se hace contar cómo ha nacido Leonardo y en qué condiciones había transcurrido su infancia. Busca entre las aldeanas de Vinci a una joven bella y sana, logra convencerla de su gran pasión, le da un hijo y quiere ofrecerlo en vano a la celebridad.

Pero la historia no se repite dos veces.

Los mismos sabios, al escribir del coloso italiano, confiesan unánimemente, que tan excelso genio rayaba en los límites de lo sobrenatural, sin

que tuviesen parte en él las leyes de la herencia.



Recogido por el padre y educado en la escuela de la aldea, no falta al niño libertad para corretear por las laderas del monte Albano.

A falta de ternuras maternas, Leonardo busca su consuelo, de una manera inconsciente, tal vez, en la Naturaleza que le atrae.

De la amada nos llevamos el rizo que hemos acariciado: de la Naturaleza. Leonardo de Vinci se lleva guijarros y plantas, mariposas e insectos, y los dibuja para grabar y fijar las imágenes de su botín.

Sólo, sin maestro, abre desorbitadamente los ojos para leer en este libro del Universo, tratando de comprender, cuando apenas deletreaba los libros de los hombres, la razón de las cosas creadas por Dios.

Leonardo crece fuerte, apuesto, bien parecido. El aforismo tan predicado que asegura: «Mens sana in corpore sano», tiene cumplimiento aquí: el

Genio anidaba en un bello cuerpo de atleta.

Se da al estudio de las matemáticas y son tan rápidos sus progresos, que no tarda en poner en un aprieto a su profesor con reparos y preguntas sutiles.

En cambio descuidó el estudio del latín, obligado en sus días como indispensable base de cultura. Con otro empeño, hubiérase, sin duda, distinguido, del mismo modo, en las bellas letras.

También cultivó la música. Todas las artes le son fáciles y, en breve tiempo, pulsa divinamente la lira acompañándose de canciones armoniosas, fruto de su improvisación.

A pesar de tanta diversidad de entusiasmo, no deja un momento de modelar y dibujar. Y si le ríen por su inconstancia — de la que, por cierto, no dió muestra alguna en la pintura, arte en que había de inmortalizarse — se escudaba en su inquietud.

Vemos su espíritu inquieto y a la vez analizador hasta en el tratado que ha escrito sobre pintura. Los pen-

samientos que brotaron fértiles sobre Naturaleza y Perspectiva, aunque viejos como el mundo, son, valga la paradoja, eternamente nuevos. Porque nuevo será siempre todo aquello que logre hablar al corazón. Y Leonardo, lo mismo con los cuadros que con los escritos, ha sabido iluminar el alma de sus discípulos con la luz de su entendimiento.

«El que desprecia la pintura — escribe — desprecia una *filosófica y sutil especulación*, porque la pintura es hija predilecta de la naturaleza. Todo lo que existe ha salido de la naturaleza dando vida a la ciencia de la pintura.»

«La pintura, como todas las artes, ha de ser universal ¡Oh pintor!, ¡que tu variedad sea tan infinita como la fecunda y cambiante naturaleza! Continúa lo que Dios ha comenzado. Procura no aumentar las obras de los hombres, sino acrecentar las de las manos eternas de Dios. No imites a nadie. Haz que cada obra tuya sea un fenómeno de la naturaleza.»

«Las cimas del arte jamás podrán

ser logradas por aquél que duda de sí. ¡Gloria a ti si logras superar la estima en que tienes a tu obra! Mas, ¡ay si es igual que la concibes! Y ¡oh desdicha si la haces inferior!»

«Considera con detenimiento las censuras que los demás hagan sobre tu obra. Si son fundadas, corrige los defectos y, si no lo son, finge no haberlas oído o demuestra que están equivocados. La crítica del enemigo se acerca más, en ocasiones, que la opinión de un amigo. El intelecto del que te odia ve y penetra mejor que el intelecto del que te ama. Un verdadero amigo es como si fuera parte de uno mismo. El enemigo, por el contrario, no se te asemeja, y en eso, precisamente, estriba su fuerza. El odio pone de manifiesto las cosas que el amor oculta. No desprecies pues las censuras del enemigo.»

«Los colores fuertes y atrevidos deleitan a la mayoría de la gente, mas el verdadero artista no ha de pintar para el vulgo, sino para los elegidos. El milagro que se espera de su esfuerzo, es hacer que, mediante la acerta

da combinación de las sombras y la luz, las cosas planas adquieran relieve, vibración y vida.»

«Huid de las líneas pesadas y crudas. Haced que las sombras se fundan en la luz, poco a poco, como el humo en el espacio o con la suavidad de una nota musical.»

* * *

La primera obra de Leonardo mencionada por la Historia es un escudo o rodela donde se hicieron patentes los dos rasgos que habían de caracterizar al inmortal pintor: su preocupación por la ciencia y el estudio de la naturaleza que su imaginación supo ordenar con luces de vidente, adelantándose a su tiempo con sus inventos.

A los 15 años, un vecino de ser Piero, compañero de caza y pesca, tuvo el capricho de hacer pintar en Florencia un tronco de higuera que había cortado en forma de escudo. Ser Piero, para complacer al amigo, llevó a Leonardo el escudo, toscamente labrado. Leonardo aceptó el encargo. Su padre acababa de decirle: «Pinta, si sabes, algo horrible en este escudo.»

Misteriosamente, Leonardo se encierra en su estudio, donde trabaja ocho días y, sobre el tosco escudo labrado, pinta un monstruo, con ascuas en los ojos y escupiendo fuego, comparable a la trágica Medusa de los antiguos. Tal era su verismo, que el padre — invitado por el mozalbete a contemplar la obra que éste acababa de plasmar — retrocedió desde el umbral del estudio, lleno de espanto, para huir. Leonardo, riendo de malicia y orgullo, asiéndole cariñosamente de la mano, habló así:

—¿No quisiste que pintara un monstruo? ¿Que infundiera espanto la imagen que pintara en el escudo? ¿Por qué huyes...?

Ser Piero, hábil comerciante, en posesión del escudo, vendiólo a un comerciante por 10 ducados, siendo adquirido, más tarde, por el duque de Milán por trescientos.

Ser Piero visitaba con frecuencia Florencia. Un día muestra dibujos de Leonardo a su amigo Verrocchio, pintor y escultor de mérito, discípulo de

Donatello. Verrocchio examina los dibujos y exclama:

—¡Tu hijo es una gran promesa! Es un gran artista, en la hora presente. Será maestro entre los maestros. Déjale en sus estudios; el Genio sabe por dónde anda y cuáles son los caminos de la gloria.

Orfebre, escultor, grabador, pintor y músico, nadie mejor que Verrocchio para enjuiciar la obra incipiente de Leonardo y adivinar las inquietudes febriles de su espíritu ingente.

—Pero, ¿dónde puede proseguir sus estudios? — pregunta ser Piero.

—¡Pues, en mi taller! — contesta Verrocchio.

—Perfectamente. Te lo enviaré.

Y se lo envió gozoso para que trabajase en su taller.

Los aprendices, en aquella época, eran alojados y mantenidos por sus maestros. En el caso de Leonardo de Vinci, probablemente ser Piero formalizaría las condiciones generales, que se reducían a pagar determinada cantidad, la mitad por adelantado, con la condición de que si al año el

muchacho no era útil, podía despedirle sin más derechos.

Así Leonardo tuvo que dejar a los suyos, con los que, al parecer no conservó en adelante relaciones muy estrechas.

Sin embargo, ser Piero no le abandonó totalmente, puesto que logró, como veremos más adelante, de los monjes de San Donato que encargaran a Leonardo un retablo para adornar el altar mayor, según contrato en que intervino él mismo en calidad de notario.

Como decimos, las relaciones del pintor con sus hermanos no fueron excesivamente íntimas, pues con ellos, posteriormente, pleiteó a propósito de la herencia de su tío, que le dejó toda su fortuna.

De este apartamiento familiar, debe hacer excepción una de las cuñadas que siempre estuvo al cuidado de sus andanzas desde su marcha a Roma.

¿Volvió a ver a su madre Catalina? En 1496, él hace referencia a la visita que recibió de una tal Catalina, y

al año siguiente corre con los gastos de sus funerales.

* * *

Siguiendo Leonardo consejos de Verrocchio, modela en barro cabezas de mujeres y niños. En el dibujo realiza siempre lo más difícil, agotando los recursos de la máxima expresión. Le atrae la arquitectura, tal vez porque le halaga plasmar bajo la bóveda del cielo. Y, como ingeniero, levanta planos audaces y diseña máquinas para extraer aguas...

A pesar de su juventud, vio la posibilidad de encauzar las aguas del Arno, que quería canalizar desde Pisa a Florencia. Trabajo que fué ejecutado doscientos años más tarde por Viviani, último discípulo de Galileo.

Leonardo de Vinci, el adolescente rebelde del campo, ve pronto que su ignorancia le priva de la estimación de los poderosos. Por esta razón ha de luchar siempre con los intelectuales de su época: el espíritu del Renacimiento se inspiraba en el humanismo y en las letras clásicas.

Dibuja el reloj de agua, inventa nue-

2. — LEONARDO

vos instrumentos de música para acompañar sus propias canciones, trata de conocer la astronomía y no le abandona el afán de escalar la gloria.

Este hombre prodigioso fué, desde su primera estancia en Florencia, por sus estudios de hidráulica, óptica y geología, que no abandonó jamás, el precursor de los Pascal, de los Hemboltz, y de los Lyell.

Componía numerosos dibujos, demostrando la posibilidad de allanar montañas o bien horadarlas para establecer comunicación entre dos villas. Diseñaba máquinas elevadoras de inmensas moles: bombas y dragaminas capaces de limpiar puertos y mares. Llegó a demostrar, por medio del dibujo detallado de uno de sus proyectos, que sería capaz de alzar el templo de San Giovanni, varios grados, sin que se derrumbara.

Compartía su tiempo entre los estudios serios y las distracciones, algunas de dudoso gusto. Frecuentaba las calles, los mercados y las tabernas, y acompañaba a los condenados al suplicio. A menudo, al pasar por

los mercados donde vendían pájaros, los compraba. Con espíritu franciscano, les abría las puertas de la jaula para darles, gozoso, la libertad. Otras veces, en noches de fiestas, reunía en su casa a campesinos que hacía beber copiosamente; mientras ellos reían, él anotaba sus gestos y sus más expresivos trazos. De ahí provienen esas caricaturas, esas cabezas deformes que parecen gesticular, conservadas en su mayor parte por el grabado y que, aunque de otra índole, aumentan y enriquecen millares de preciosos originales: azucenas, lirios y plantas; gatos, perros y animales fantásticos.

Es extraña la versátil personalidad del maestro. Nadie llega a comprender plenamente el porqué de los marcados contrastes. Y, sin embargo, contemplando su rostro sereno, los ojos azules de límpido y frío mirar nos hablan de un espíritu inquisitivo, observador, acostumbrado al examen lento y minucioso. Por eso para él todo tiene interés, todo lo analiza, lo bueno y lo malo.

Dice a sus discípulos:

«Cuando hayáis aprendido bien la perspectiva, y conozcáis las proporciones de los cuerpos y de las cosas, id con frecuencia a paseo y estudiad los sitios donde los hombres disputan, ríen, ríen y juegan. Y con breves palabras o apuntes, anotad en un cuaderno que siempre llevaréis, su cambiante expresión de ánimo para que podáis recordarlo, porque son infinitas las formas de los seres y de las cosas que la memoria no puede retener.

Leonardo trabaja incansablemente en el taller de Verrocchio. Para este trabajo la soledad le deprime. Leonardo necesita de la popularidad y la gloria. Posee una fuerza prodigiosa. Detiene a una mula desbocada. Tuerce una barra de hierro. Utiliza el prestigio de su voz y su belleza física. Inventa juegos de manos al mismo tiempo que máquinas laminadoras. Hace acertijos...

«Los hombres apalearán rudamente a lo que es el sostén de su vida.» (Apalearán el grano.)

«Los bosques parirán hijos que serán la causa de su muerte.» (El mango de las hachas.)

«La piel de los animales arrancará a los hombres gritos y blasfemias.» (La pelota de los jugadores recubierta de piel.)

Una tarde, Verrocchio se ausenta del taller, dejando a medio terminar un *Bautismo de Cristo*. En pocas horas, Leonardo pinta un ángel arrodillado y termina el cuadro. Por la noche, al contemplar aquella obra maestra, Verrocchio renuncia a la pintura...

El aprendizaje toca a su fin. Los camaradas de Leonardo hijos de familias ricas, se dispersan. Leonardo, después de inscribirse en el Gremio de pintores, falto de estudio donde trabajar y sin el más pequeño ingreso, se ve precisado a trabajar, anónimamente, en el taller de Verrocchio.

La imaginación creadora le lleva tras la aventura; arrastrado por éstas, siempre le falta tiempo para acabar sus obras y sacar provecho de ellas. Terminó esto cuando su padre, ser Pietro, logra para Leonardo un eu-



cargo de los monjes de San Donato, que le confían un retablo para el altar mayor de su iglesia.

El encargo fué muy del agrado del pintor. Hizo unos diseños a pluma, cuyas hojas se guardaban en la colección Bonnat. Sigue aplicándose con verdadero amor y sentimiento, logrando la preparación para una obra de tanta monta y en la que pretende lograr lo imposible.

Los monjes se impacientan y le regulan la comida, de acuerdo con el trabajo que ejecuta. Al fin el milagro se produce. Los monjes, admirados, le regalan un barril de vino. Entonces Leonardo abandona el cuadro a medio terminar.

Una vez vencidas las dificultades, ¿a santo de qué molestarse con el fastidioso trabajo de pintar? Viviendo como un asceta, alimentándose exclusivamente de pan y legumbres, parecía como un arcángel de largos cabellos rizados y de rostro radiante dirigido al cielo. Otras curiosidades le reclaman. Para que Leonardo termine una obra es menester que con-

curra, siempre, un cúmulo de circunstancias, a veces sórdidas, como la dureza o tacañería de sus patronos, o la carencia total de dinero.

Por el momento, los acontecimientos le son desfavorables. En una de las paredes exteriores del Palacio de Vecchio, colgaba una caja que, por su forma, se la llamaba «el tambor». Cualquiera podía, a capricho, sin ni siquiera firmarla, introducir en ese tambor una denuncia. Era, para los Médicis, un elemento gratuito de información. Para examinar estas acusaciones — insidias a veces — había unos magistrados encargados de hacer justicia.

Un día, una carta de ese tambor, acusa a Leonardo de costumbres infames, y denuncia, como cómplice, a Verrocchio. Tras muchos disgustos y penalidades, hechas las pesquisas conducentes, los dos acusados fueron absueltos. El caso se vió ante los magistrados el 9 de abril de 1476. Los dos artistas quedaron, temporalmente, en libertad, pues habían de presentarse nuevamente ante el Tribunal que

les absolvió definitivamente a los dos años después de la falsa acusación, que dejó en el corazón de Leonardo una dolorosa amargura.

Siguen, como en una oleada de mala suerte, los trastornos políticos. El arzobispo provoca el sitio de Florencia por las tropas del Papa. Leonardo orienta entonces su ingenio hacia lo militar. Imagina nuevos artefactos de guerra: plataformas de tres ruedas para transportar cañones; diseña lombardas, piezas de artillería de múltiples cañones; y aparatos destinados a volcar las altas escalas de los enemigos que intentan asaltar las fortificaciones.

Sin embargo, a pesar de lo agradable de su persona, no obstante, la originalidad de sus proyectos y la virtud de sus obras, ningún encargo pone a prueba sus dotes de inventor. *Lorenzo el Magnífico* no pensó en agregar al joven artista a su casa. Por otra parte, la indiferencia de Leonardo por las cuestiones políticas y religiosas, que a la sazón apasionaban a su época, impedía que sus compa-

triotas apreciaran, imparcialmente, su genio.

Se siente zaherido ante tal indiferencia, a la que no se resigna, y Florencia acaba por hastiarle.

Por la curiosidad y habladurías de las gentes del pueblo y, sobre todo, por la envidia impotente de los ricos burgueses que rodeaban a Lorenzo *el Magnífico*, Leonardo se da cuenta de que nadie le quiere. Y entonces nace su gran idea de probar fortuna fuera de su patria. Animado, quizá, por ofertas o promesas de Ludovico el Moro, decide partir para Milán. Y lo decide, mientras, convencido en su fuero interno, murmura:

—Está escrito: «Nadie es profeta en su tierra».



Según referencias de la época, fué Lorenzo *el Magnífico* quien mandó a Leonardo de Vinci al duque de Milán, Ludovico el Moro — así llamado por el color oscuro de su piel —. Vinci iba como músico, no como pintor. Lleva la misión de presentar al duque una lira de plata, que él ha cons-

truido y decorado; instrumento que pulsa, además, a las mil maravillas.

A su llegada a Milán, en el año 1482, Leonardo ofrece al duque de Milán, soberano en sus Estados, sus servicios. En su oferta, hace Leonardo tal alarde de su asombroso saber que aturde con tanta diversidad de conocimientos. Tenía a la sazón tan sólo 28 años. En la carta dirigida a Ludovico el Moro, decía:

«...Deseo someter a Vuestra Excelencia los planes y proyectos de mis inventos, cuyo secreto guardo.

»Así, puedo construir pontones y puentes ligeros, fácilmente transportables, resistentes al fuego. Con ellos es posible dar persecución o burlar al enemigo.

»Lograría extraer el agua de los fosos durante el sitio de una plaza y construir igualmente gran cantidad de puentes volantes.

»No hay plaza fuerte, como no esté cimentada sobre roca, que resista a mis artefactos de guerra.

»Construiré, si es preciso, lombardas, corazas protectoras para arietes

y carros (precursores del tanque actual), y barcos a prueba de cañón (el moderno acorazado).

»Para cuando florezca la paz, como arquitecto, construiré cuantos edificios y acueductos precise el pueblo, si a Vuestra Excelencia pluguiése.

»Estoy capacitado para llevar a buen término toda clase de trabajos artísticos en pintura, mármol, bronce, tierra cocida, etc.

»Y encargarme también de modelar el caballo de bronce, que sea monumento imperecedero a la honrosa memoria de vuestro padre y de los Sforza.

»Mis ofertas no son, a buen seguro, fatuas aseveraciones en ningún caso. De haber duda o suspicacia, me comprometo a realizar los experimentos en vuestro parque, o en el lugar que plazca a Vuestra Excelencia, a quien me recomiendo humildemente.»

No es la carta ningún dechado de modestia. Apenas si hace referencia a su habilidad como pintor, a la que no parece dar la menor importancia. En cambio, ¡qué alarde cuando enu-

mera sus inventos más dispares, en ciencias diversas!

Las ofertas de Leonardo fueron aceptadas de una extraña manera.

—Nos es notoria la gran reputación de Leonardo de Vinci como pintor— declaró Ludovico el Moro—. Pero no pudiendo realizar momentáneamente ninguno de sus proyectados inventos como ingeniero y arquitecto, sin menospreciar el valor de sus ofertas, ya que se alaba de excelente músico, sírvase presentarnos uno de sus instrumentos, y nos alegraremos de que pueda asombrarnos con alguna maravilla...

Y Leonardo se presenta ante Ludovico el Moro, en su corte de Milán, llevando en la mano una lira de plata en forma de cráneo de caballo, cuyos dientes sirven para sujetar las cuerdas del instrumento.

En la sala de fiestas había numerosos músicos ya reunidos, preparados, hacía tiempo, para el concurso organizado por el duque. Leonardo es el último que pulsa su instrumento, cantando canciones que improvisa sin

la menor fatiga. Ganó en mucho a los demás concursantes en vivacidad de acordes, melodía de canción e inspiración poética. Por ello, Ludovico el Moro le concede, sin vacilar, la palma del vencedor, le colma de elogios y la encarga un cuadro sobre la «Natividad de Nuestro Señor», que el duque ofreció al Emperador, una vez terminado.

Hizo más Ludovico: rogó a Leonardo permaneciera con él hasta la noche. Un hombre como Leonardo, joven, espléndido, de palabra sugestiva, músico y poeta, hábil para todo, forzosamente había de agradar al príncipe milanés.

Y Leonardo era, en efecto, así: conversador ameno y elocuente. Con idéntica facilidad discutía sobre cosas graves como sobre cosas frívolas. Su palabra y el timbre de su voz seducían. Ponia color en sus imágenes, reflejo de su alma y su rostro resplandecía. Arbitro de la elegancia, inventaba día tras día pasatiempos de salón y componía para el teatro. Así, nuestro artista era insustituible en la

corte de Ludovico el Moro, la más brillante de Europa en aquella época.

Filósofos, sofistas y médicos de fama le admiraban. Si el matemático fray Luca Pacioli escribía un tratado al discurrir sobre «Divina Proporción», acudía rogando a Leonardo para que le ilustrara la obra, haciéndola, con el dibujo, más diáfana y resplandeciente.

Ludovico el Moro era hombre avido de placeres y opulencias y llamaba a su corte a músicos y trovadores y bufones para distraer su ocio y alegrar sus días. Es la historia que se repite en todas las épocas: los tiranos han necesitado rodearse siempre de un lujo de hombres de ciencia para mitigar el «toedium vital» que les abrumba...

Los magnates seguían el ejemplo voluptuoso del príncipe y la corrupción de costumbres envilecía las almas. En esta Italia, hirviente de sensualidad, el asesinato estaba a la orden del día. Estos soberanos del Renacimiento no conocían el escrúpulo ni la vacilación; las ideas de equidad

y justicia, el honor, no rezaban con ellos. Lógicamente su vida había de deslizarse en un ambiente de intrigas y fechorías.

Ludovico el Moro es el menor de sus hermanos y, si llega al poder, es a través de astucias y tortuosas insidias. Conjuraciones, alianzas interesadas, traiciones... crean en torno de Vinci una atmósfera sofocante, un mundo caótico de corrupción, cuyo gran teorizante será Maquiavelo. Bajo la corte, gime un pueblo normigueante, que trabaja furiosamente para mal comer y pagar sus impuestos a cambio de unas mentidas diversiones que se le dan para distraer su indigencia y esclavitud.

Leonardo vivía cómodamente. Su poderoso corazón era capaz de apasionarse por lo pintoresco de la batalla, en esa atmósfera de intrigas y fechorías. Durante las horas de paz, gozaba más de los sueños de su arte y de las voluptuosidades de la vida sensual.

Se hallaba en Florencia, en 1478, cuando la conspiración de los Pazzi.

Julían de Médicis cayó bajo el puñal de un conjurado. Los Médicis reprimieron sin piedad la sedición. Uno de los jefes, Bernardo Bandini, escapó a Constantinopla, pero fué entregado por el sultán y colgado en Florencia en 1479. Leonardo presenció tranquilamente el suplicio, dejándonos de tan horripilante espectáculo un perfecto apunte, que ilustra, a mayor abundamiento, con unas notas sobre la vestimenta del asesino.

Leonardo halló en la corte de Milán el ambiente más favorable para hacer alarde de sus múltiples recursos. El organizaba las fiestas para celebrar triunfos. Montaba pantomimas mitológicas, en las que desplegaba elocuentemente su ciencia, siempre nueva, de formas bellas y colores bellos.

Así, cuando en 1489, Juan Galéas, sobrino de Ludovico el Moro, contrae matrimonio con Isabel de Aragón, hija del rey de Nápoles, Leonardo monta, en honor de la egregia desposada, un colosal espectáculo: El Paraíso. Bajo un cielo azul, cada pla-

neta describe su órbita con armoniosa regularidad, que interrumpen al cruzar delante del trono de la novia, mientras el coro canta versos inspiradísimo del vate. Fué un espectáculo de fastuosa ilusión.

Por todo esto, era querido por el duque y los grandes señores, a quienes también Leonardo amaba.

Todo esto no es rémora para que Leonardo estudie. La actividad es acicate para mejores actividades y Vinci reúne a un cierto número de escogidos alumnos y funda la «Leonardi Vinci Academia». Es entonces cuando nos da sus cánones magistrales en su «Tratado de la Pintura», su obra más considerable, la única que se ha publicado entera. Escribe entonces, también, su «Tratado de la luz y de las sombras», y un inacabado «Tratado del movimiento local», en el que se ocupa del reposo, del movimiento y de la ponderación del cuerpo humano. Nos deja incompleta una obra: «De la Teoría y de la Práctica», tan trascendental. Habla de un «Tratado de los movimientos del hom-

3. — LEONARDO

bre»; luego, de otro, del que poseemos un fragmento, donde da las medidas de la cabeza: «Las proporciones del cuerpo humano». Y siguen nuevos tratados, tales como «Tratado de la Perspectiva», «De la Anatomía del caballo», etc., etc. Sus diseños son innumerables. De sus manos fecundas salían, como por milagro, hechos fulgores y matices de luz, las ideas que andaban en su espíritu. Sus preocupaciones, sus estudios, se reflejaban en sus dibujos a pluma o a lápiz. Alhajas, piezas de orfebrería, anatomía del hombre y del caballo, el alfabeto ilustrado, sin duda para el joven duque de Milán, son un primor.

Anticipándose a los artefactos guerreros de nuestros tiempos, tuvo el secreto de los vapores estupefacientes para la bomba de gases, el cohete rotativo, los obuses cónicos, el detonador de percusión, los tanques o carros de combate, el lanzallamas, la granada, todo un arsenal de muerte como ya dejaba entrever en su ofrecimiento a Ludovico el Moro a su llegada a Milán.

Sin sospechar la existencia de la termodinámica, diseña una turbina de aire caliente. Después, ataca audazmente la mecánica de la locomoción y el primer automóvil nace de su sueño: está dotado de un chasis de madera y una carrocería de lona. Un motor provisto de dos potentes resortes semielípticos, arrastra las ruedas traseras; y un volante imprime dirección a las ruedas delanteras. El vehículo puede recorrer, por sus propios medios, varios centenares de metros.

* * *

La vida, en sus variaciones infinitas, le interesa. Las anotaba todas con idéntica ternura: caballos, asnos, ardillas, camellos, mulos, monos, gatos, perros, lagartijas, tortugas, pájaros pintados a la acuarela, flores de todos los parterres enriquecen sus cuadernos.

Buscaba siempre la vida y soñaba en la manera de hacerla más bella y deliciosamente feliz a los hombres.

Leonardo nos ha dejado más proyectos quiméricos que obra acabada.

No porque dudara de la clarividencia y de la lógica de sus pensamientos... ¡la vida es breve para tan ingente labor!

Cuando en 1490 se interrumpen los trabajos de la catedral de Milán por diversidad de pareceres y pugna de gustos artísticos entre arquitectos italianos y alemanes, a quienes se había confiado la obra, Leonardo medió y, gracias a su prestigio en la corte de Ludovico como a su profundo conocimiento de las matemáticas aplicadas, pudo dirimir las diferencias y ponerles de acuerdo.

* * *

Junto a los grandes hombres ha surgido, repetidamente, en la historia, la mujer. Unas veces para que el hombre lograra el Olimpo; otras para que fuese arrojado del Paraíso.

En el caso de Leonardo de Vinci, jamás. En su infancia se ve privado de las ternuras de una madre amante. Luego, a pesar de poseer belleza varonil, gracia y talento, sigue privado de ese amor de mujer. Leonardo de Vinci vive solo su soledad íntima.

siempre abierta la herida de una madre desconocida y el egoísmo de un padre al que muy poco ha de agradecer. Leonardo, si busca la gloria y la posteridad, habría de ser con las creaciones de su espíritu y el arte divino de sus manos fecundas.

* * *

En 1490, la peste bubónica llega a Milán. Ludovico el Moro consulta a sus astrólogos y huye, despavorido, al campo.

Leonardo, siempre ingenuo, espera darse a conocer proponiendo medidas de higiene. Es la ocasión para trazar un vasto plan de urbanismo: el primero que conoce Europa.

Propone descongestionar las grandes ciudades en grupos de 30.000 habitantes; sugiere que la anchura de las calles sea igual a la altura de las casas; traza alcantarillas para aguas negras y dos aceras superpuestas: una, clara y soleada, para los nobles; otra, inferior, para el populacho y los vehículos.

Para el emplazamiento de ciudades

modernas con que sueña, estudia la perspectiva. Se da a la óptica y descubre el cristalino.

Leonardo de Vinci piensa y quiere sacar provecho de algunos de sus inventos. Ludovico el Moro parecía haberle olvidado, ya que confiaba sus encargos a pintores de menos fama.

Zaherido, Leonardo se propone pintar por su cuenta: para esto necesita dinero y lanza al mercado su aguja para coser a máquina, que ha de fabricar en serie. Industrialmente, fracasa.

Y suplica ayuda y se humilla ante Ludovico el Moro, para obtener un poco de ropa. Repite que «se siente capaz de obras de gloria, que demostrarán a las futuras generaciones lo que él ha sido...»

¿Conmueve su sumisión al señor milanés?...

Recibe el encargo de un fresco para la iglesia de Santa María de las Gracias: «La última Cena», que termina al cabo de varios años.

El prior le reprocha su lentitud y, Leonardo, irritado recoge su paleta.

El prior se queja a Ludovico el Moro:

—Este Leonardo es indolente y perezoso... No veremos terminada la obra... No hace otra cosa que hacer y deshacer, pintar y borrar... ¡Se pasa días y meses sin tocar el pincel!

—Bien — sonrió Ludovico —. Recomendaré a nuestro artista que se aplique y, sin demora, termine el encargo.

Al día siguiente, llamado por Ludovico el Moro, Leonardo de Vinci comparece en palacio.

—¿Cómo va «La Cena»?—inquire el duque —. Los dominicos se quejan de que, al cabo de tantos años, no pueden disponer de la sala donde trabajáis.

—No soy libre de mi tiempo ni de mi inspiración — replica Leonardo — y suplico a Vuestra Excelencia que me dispense de encargo tan penoso, confiándolo a otro artista más aplicado que yo.

—No, no os enojéis.

A lo que repuso Vinci, sacudiendo su genial cabeza:

—Para este cuadro me faltan dos cabezas: la de Cristo y la de Judas. No las encuentro a pesar de afanarme en su busca y recorrer todas las clases de la ciudad... ¿Dónde encontrar, en la tierra, el tipo divino del Salvador, del que es casi imposible concebir la celestial belleza?... ¿Dónde la de Judas, un rostro horrible, para explicar, de manera impresionante, la ingratitud y la traición del monstruo?... ¡Son dificultades insuperables!

—Cierto. No había yo atinado en esto.

Como si repentinamente hubiera surgido la luz, Leonardo exclama:

—¡Las venceré, por lo menos en lo que atañe a Judas! Sin ir más lejos... en el convento mismo... hay la cabeza de un individuo importuno y gruñón, que me servirá para el caso.

—¿Quién? — preguntó el duque, con asombro.

—El prior.

Ludovico el Moro lanzó una carcajada.

—¡Magnífico! Obrad según vues-

tro criterio. Siempre que vos creéis una obra bella, nadie osará ir en contra vuestra.

El prior posò.

Y surgió la obra de grandes dimensiones, 8'60 metros de ancho por 4'50 de altura. Y acabado perfecto de inspiración y técnica asombrosa para perpetuidad y placer de los que vivimos...

La Gloria sonríe a Vinci.

Leonardo había ofrecido a Ludovico el Moro erigir una estatua ecuestre, de grandes proporciones, a la memoria de Francesco Sforza. Ahora, Ludovico encarga a Vinci la realización de aquella oferta. La figura del audaz condottiero cautiva la fogosa imaginación de Leonardo, quien estudia la anatomía de los caballos, imagina nuevos modelos de arreos ecuestres, multiplica croquis y maquetas... Forja un caballo de 7 metros de largo, lanzado a galope tendido, pisoteando al enemigo derribado. La estatua había de medir 12 brazas, más de 7 metros de altura. Se model  en yeso y la maqueta qued  expuesta mucho tiem-



po. Para esta estatua que él soñaba colosal, Leonardo pidió cien mil libras de bronce. Tuvo la obra dieciséis años en la cantera. Ludovico se cansa de esperar y encarga el trabajo a otro escultor. Leonardo, decepcionado, prevé un nuevo fracaso.

Le salva el matrimonio de Ludovico el Moro, en 1441, con Beatriz d'Este. Esta niña de 16 años, candorosa sólo en apariencia, acepta este enlace por ambición, ávida de placeres. Como antaño, Leonardo de Vinci ha de preparar bailes y festines, fiestas en las calles y en el castillo, en honor de la desposada, joven y bella. Otra vez Leonardo triunfa...

Imagina una cúpula celeste de la que, por arte prodigioso de la mecánica, hace descender a los dioses del Olimpo, que rinden homenaje a Beatriz.

Milán bulle en un apoteósico carnaval durante todo el año. Dos poetas famosos celebran la magnificencia de las bodas de Beatriz. Elogian su juventud, ponderan su belleza, enumeran en versos sonoros tantas maravi-

llas y no olvidan de cantar la gloria de Francesco Sforza, perpetuada por Vinci en la maqueta que admira Milán, expuesta bajo un arco de triunfo en la Plaza del Castello.

Fué harto efímero el reinado de Beatriz d'Este. Moría, prematuramente, a los 22 años, consumida por su fiebre de locos placeres. Insaciable, siempre sedienta, recurrió repetidamente a Vinci para que inventara nuevos juegos en que ella, Beatriz, lograra nuevos goces. Y murió una noche, rendida de cansancio de tanto bailar.

• • •

Alternando con su famosa «Cena» y por orden de Ludovico el Moro, pinta la «Pasión» a un lado del refectorio y los retratos del duque, de la duquesa Beatriz y de sus hijos Maximiliano y Francisco. De este tiempo es el retrato de Cecilia Gallarani, una de las amigas de Ludovico el Moro.

• • •

Los trastornos políticos de Milán cansan a Leonardo. Necesita, para su

afán constante de estudio, paz entre los hombres y, la beatitud de las cosas, tanto como la luz del cielo. En marzo del 1500, parte para Venecia. Se detiene una semana en Mantua y traza al carbón el magnífico retrato de la duquesa Isabel d'Este, hermana de Beatriz, retrato que se conserva en el Louvre. Está poco tiempo en Venecia. ¿Le falta dinero? ¿Le falta el apoyo con el que había contado?...

Tal vez la atmósfera de esta gran ciudad de mercaderes y demasiado burguesa repugna a su temperamento aristócrata, elegante y generoso. Sea lo que fuere, regresa a Florencia, su patria, en el 1501.

Después de la huída de Sforza, Leonardo abandonó Milán huyendo del salvajismo de la guerra, pero en Florencia encontró de nuevo, entre las ruinas y el polvo de las guerras civiles, las almas presas de odio y venganza.



¡La Gioconda! ¡Cómo ponderar bastante ese rostro divino de mujer que Leonardo pintara en 1501! Bas-

taría ella para inmortalizar a su creador. Su sonrisa misteriosa asombra y arroba a quienquiera la contemple. Es un gracioso y sonriente fantasma. Su sonrisa única, tan de labios adentro, hace estremecer. Un aire de languidez, de melancolía casi rayana en la tristeza esparce dulce penumbra sobre el rostro obsesionante que el arte ha hecho inmortal.

Recordemos otros, no menos famosos, cuadros: Santa Ana, Adoración de los Magos, San Juan Bautista, San Jerónimo, Leda y más.

Hagamos alusión — sería imperdonable su olvido, escudados en la brevedad de esta biografía — a millares de dibujos, apuntes, notas y manuscritos que, cual tesoro, guardan Museos y Bibliotecas.



Ludovico regala a Vinci un solar donde pueda construir su humilde hogar. Vinci posee 218 liras. Creyéndose al abrigo de la miseria, emprende la realización de un sueño que le fascina desde su primera juventud: la ascensión al monte Rosa, de 3.500 me-

tros de altura. Aventura extraordinaria en aquellos tiempos.

En aquel entonces, las tropas francesas franqueaban los Alpes. Ludovico necesita toda su fortuna para sostener la guerra. Falta metal para fundir la estatua ecuestre que servirá de blanco a los arqueros de Luis XII. Luego Ludovico cae prisionero de los franceses.

Leonardo se siente perdido en medio de una plebe maligna, amante de la fealdad y de la destrucción y que, en su ceguera, es incapaz de conocer a los verdaderos defensores de su libertad.

Durante un breve período peregrina a través de Italia, realizando trabajos de diversa índole. «Santa Ana», ejecutado en el convento de los monjes servitas, data de entonces



Encuentra un nuevo protector en César Borgia, aliado del Rey de Francia. Le trata éste no como servidor, sino como a un príncipe, cuyo soberano se honra con su amistad. Le ocupa en mil atenciones militares y

civiles. Le nombra su arquitecto y su ingeniero e inspector de ciudades y fuertes. Representándole, Leonardo parte a Rimini y a Perugia.

Y en 1501 se le encuentra de nuevo en Florencia.

Leonardo, que ofreció a Ludovico el Moro nuevos artefactos de guerra, guarda en secreto su invento del submarino, temiendo que la maldad humana abuse de tan terrible arma. Pero revela a los venecianos su invento de los «hombres-rana» y de las escafandras para la defensa de su puerto. Para César Borgia diseña y prepara la ejecución de un canal.

En octubre de 1502, César Borgia, sorprendido por una revuelta de sus condottieri, se encierra en Inscala y llama en su socorro a Leonardo. Vinci logra reunírsele; combina pronto, a fin de salir de la plaza, un plan de defensa primero y de ataque después. César Borgia burla el sitio que poco antes amenazara su vida.

En 1503, César Borgia, desconcertado por la muerte sucesiva de los cardenales más poderosos y por la de

Alejandro VI, su padre, marcha a España, donde muere.

Pierde Leonardo un gran amigo y, afligido, regresa a Florencia.

* * *

Otra vez en Florencia. La vida de Leonardo sigue siendo una aventura: ha de trabajar en medio de graves desórdenes. Los años pesan sobre sus hombros, pero ágil de espíritu, se aplica más en sus estudios, como si intentara detener el tiempo que velozmente vuela.

Compra, como se ha dicho antes, a los vendedores de pájaros jaulas que abre dando a los cautivos la libertad. Los pájaros escapan. La gente le toma por loco.

Pero Vinci observa los movimientos de las alas, iniciando su profundo estudio sobre la navegación aérea.

Diseña aviones de alas batientes, movidas con los pies y las manos del piloto.

Una vez más fracasa por falta de un motor más potente que el hombre.

* * *

Estamos en 1504. El período más

Interesante de la vida de Leonardo, es decir, en los días en que había de probar las firmes palabras que sobre sus cualidades había escrito a Sforza.

Por aquella época había conquistado gran fama Miguel Angel, que iba a cumplir 30 años, unos veinte menos que Leonardo, y era considerado como su rival. Los dos artistas se envidiaban mutuamente. Miguel Angel ansiaba medir con de Vinci sus fuerzas. La ocasión llegó al esculpir Miguel Angel su inmortal David, utilizando un enorme bloque de mármol que había sido rechazado por inservible. Ya varios artistas habían intentado convertirlo en colosal estatua: pero fueron infructuosos sus esfuerzos.

Encomendóse a Leonardo la difícil empresa, y él, ante aquel mármol abandonado durante años y años y estropeado por los cincelos de tantos escultores, declaró que nada podía hacer, a menos que se corrigiesen las deficiencias con la adición de nuevo material. No lo juzgó así Miguel Angel, sino que acometió la ardua empresa, y con maravillosa des-

treza cinceló el bloque: aquella piedra, vieja y muerta, nacía a la vida bajo la forma de una de las mayores y más bellas estatuas salidas de manos de escultor alguno. Esta fué una señalada victoria para Miguel Angel, y puede asegurarse que, a no ser por la emulación que existía entre él y Leonardo, no contaría el arte con tan admirable obra maestra.

Aumentó con este motivo la rivalidad entre ambos gigantes. Pero no tardó en presentarse nueva ocasión para agriar sus relaciones. Se presentó un problema:

¿Dónde erigir la estatua de David...? Para decidir, se reúnen artistas y nobles de la ciudad. San Gallo, enemigo de Miguel Angel, propone la Loggia dei Lancei. Leonardo le apoya. Ello provocó la cólera de Miguel Angel, quien desde este momento odia a Leonardo y, cuando le encuentra, le abruma a sarcasmos, desprecios e injurias. Desde entonces, siempre atormenta a Leonardo.

No tarda en surgir otro conflicto, nueva ocasión en que se pudiese a

prueba la habilidad de ambos, pues satisfechos los magistrados de Florencia del trabajo de Miguel Angel en la famosa estatua, y amantes de su bella ciudad, determinan decorar pomposamente el salón del Concejo, y al efecto decidieron aprovecharse de las circunstancias, poniendo en competencia a los dos artistas para la realización de su proyecto.

Encomendaron a Leonardo la mitad del salón y el resto a Miguel Angel.

Era el asunto de la decoración las guerras de Pisa, que habían terminado con gran victoria de los florentinos.

No se le oculta a Leonardo que si Miguel Angel había triunfado con la estatua, se le presenta a él en aquel nuevo trabajo, en que habían de colaborar los dos, ocasión propicia de recuperar los laureles perdidos.

Jamás se prepararon caudillos a la batalla con tanta solicitud como estos dos titanes se aprestaron a la nueva empresa.

De muy distinta manera interpretaron ambos artistas el asunto. Miguel Angel, que, aprovechando quizá

el ejemplo de Leonardo, había estudiado minuciosamente la anatomía humana, en su trabajo llamado «Soldados de Pisa sorprendidos», prefirió representar a los soldados desnudos en el agua queriendo en tal forma demostrar sus aptitudes para reproducir artísticamente el cuerpo del hombre.

Leonardo, en cambio, en su trabajo titulado la «Batalla d'Anghiari», eligió un asunto de más alto vuelo: una gran batalla, en que los ejércitos florentinos quedaban vencedores de sus enemigos. En este tema reconcentró toda su experiencia.

El motivo principal de esta pintura es un episodio de la batalla entre Niccolò Piccino, capitán del duque Filippo Visconti de Milán, y Francesco Sforza, jefe de las tropas florentinas: la disputa de un estandarte por un grupo de jinetes.

Es incomparable la expresión de los movimientos de esta obra.

Vasari facilita informes:

La furia, la cólera, la sed de venganza, encuentran extraordinaria expre-

sión tanto en los nombres como en los caballos, dos de los cuales, con las patas entrelazadas, parecen luchar, con no menos furor que sus caballeros, por la posesión del estandarte. Este acaba de ser cogido por un soldado, que con su pica hiere a los dos, al mismo tiempo que trata de arrebatarse, con el peso de su espalda el asta de la enseña a otros cuatro combatientes. Dos de éstos le retienen con una mano, mientras con la otra alzan un sable, como para cortar el asta. Un guerrero viejo, cubierto con gorro colorado, al tiempo que lanza un grito empuña también el asta y levanta un sable corvo para cortar las manos de sus enemigos, los cuales hacen esfuerzos desesperados para defender el estandarte. Entre las patas de los caballos se ven personajes en escorzo, batiéndose entre sí, y uno de ellos, caído en tierra, lanza puñetazos y puntapiés con esfuerzo frenético para defenderse de un soldado que levanta el brazo con ánimo de hundirle con más fuerza un puñal en la garganta. Es difícil describir la infinita varie-

dad que puso Leonardo en el traje de los combatientes, en las cimeras y en los armamentos, y parece increíble la maestría que supone dar la forma a los caballos, la representación de cuyos músculos llega al máximo de belleza plástica.

Terminado su cartón, Leonardo inicia la pintura mural. Pero, ¡ay! versátil como siempre, obsesionado por la perfección, en mayo de 1506, abandona el fresco, sin terminar la obra iniciada, sin que tan bella concepción tomara forma.

La opinión pública excitada por el duelo entre ambos genios, se decide por Miguel Angel. Leonardo detestaba el desorden y las ruinas; cansado de hostilidades, abandona definitivamente Florencia, su patria, donde jamás encuentro buena acogida.

Volvió allí por muy poco tiempo, en 1507 y en 1511, a causa del pleito que sostenía contra sus hermanastros, relativo a la herencia que le dejara su tío paterno; y en 1514, no hizo más que pasar, yendo a Roma, con

Julián de Médicis, para la consagración de León X.

* * *

Luis XII, el rey cristiano que había expulsado a Ludovico el Moro, era hombre bondadoso. Admira a Leonardo de Vinci y desea tenerle junto a sí. Es la primera vez que, de Francia, con generosa simpatía, llama al gran pintor. Le hace unos encargos, le pensiona y le da una concesión de aguas en Milán.

A los sesenta años se cree de nuevo a salvo de la miseria, cuando, después de las derrotas del rey de Francia en Italia, el hermano menor del Papa se lo lleva a Roma, sede del arte en Italia. Este, Julián de Médicis, hombre soñador y melancólico, de corazón generoso y ya fatigado, le promete, de buena fe, la ayuda y protección de los señores del momento. Sin embargo, Leonardo no encuentra más que penurias y descontentos... Por sus relaciones con los franceses, le consideran un afrancesado, ganándose la impopularidad. Rafael, favorito del Papa y Miguel Angel, genio irascible

que no ha olvidado el duelo de Milán, le miran con recelo y envidia.

En aquel entonces, la vida era más dura y cruel que hoy en día para los artistas que dependían del humor de los señores, caprichosos y déspotas.

Un obrero de Leonardo de Vinci le roba sus modelos y huye para venderlos en Alemania. Otro bribón le despoja del taller. Entonces y contra Vinci surge la intriga y se trama el complot para desacreditarle ante León X. Las calumnias se acumulan contra Leonardo y se le acusa de disecar cadáveres, de salir en busca de convalecientes o enfermos, jóvenes y bellos, para satisfacer una sórdida curiosidad sensual, perversa...

Ordenan al director del hospital que prohíba la entrada a Leonardo.

La hostilidad de sus rivales es cada vez más amenazadora. Para colmo de desgracias, su amigo Julián de Médicis marcha a Saboya, para contraer nupcias... Y el mismo Luis XII, rey de Francia, muere.

Así, pobre y abandonado, Leonardo

desfallece por un momento, sin la menor esperanza...

¿A qué lugar — necesitaba hombres de corazón y buena voluntad — iría él, lleno de amor a las cosas, con un alma franciscana, hambriento su espíritu, con una eterna inquietud de creaciones nuevas...?

Para colmo, León X encarga a su terrible rival, Miguel Angel, la ejecución de la fachada de San Lorenzo.

Fué para Leonardo de Vinci la mayor de las derrotas y decidió abandonar Roma.

Pero, ¿adónde ir...?

El milagro se produjo. Tras la tormenta, suele brillar el sol.

Así, Leonardo de Vinci ve, con un estremecimiento de alegría, que Francisco I franquea los Alpes.

Y el rey traía para el genio de Florencia, atormentado en su patria, la promesa de una nueva patria.

* * *

En Pavía, para corresponder a las finezas reales Leonardo construye un león automático que, en presencia de Francisco I, se yergue abriendo sus

fauces de donde brotan flores de lis.

Tiende arcos triunfales donde quiera soldados franceses hubieran de desfilar y organiza grandes festejos.

Francisco I le trata con sumo respeto, llamándole con ternura «padre Leonardo», y de Leonardo se hace acompañar en ceremonias y fiestas.

Leonardo abandona Italia en 1516, para nunca más volver.

Francisco I le da una pensión de 700 escudos. Vinci se instala en Francia, en el castillo de Cloux, cerca de Amboise, cedido por Francisco I.

Leonardo es ya un anciano. Su fiel Francesco Melzi, así como su servidor, Battista de Villanis, le acompañan en su retiro cómodo y tranquilo.

Una parálisis de la mano derecha le impide volver a pintar; pero sigue organizando fiestas.

La edad no extingue el fuego sagrado de su genio: diseña, para el rey de Francia los planos del nuevo castillo de Amboise. Boceta proyectos de casas desmontables y prefabricadas. Organiza fiestas. Presenta un proyecto para la desecación de los pantanos

de la provincia. Diseña el canal de Tours hasta el Saone, convirtiendo las áridas tierras en productivas vegas.

Todavía ejecuta dos cuadros — ¿con la mano izquierda? —: Leda y el Cisne; y una Pomone.

La reputación de Leonardo de Vinci se agiganta. De todas partes acuden príncipes, señores y obispos, para rendirle homenaje, y tal vez por curiosidad, por ver a ese hombre extraordinario, cuya patria no supo o no quiso comprender.

Las ideas bullen en su prodigiosa mente, pero le faltan las fuerzas, físicamente. Quisiera erguirse como coloso, para detener el tiempo que se lleva su vida, inexorablemente.

Se encierra, enfermo, varios meses.

Y se extingue dulcemente, en la paz del Señor, el 2 de mayo de 1519.

* * *

Como si los espíritus del mal se hubiesen conjurado contra el Genio — aquí maldad es sinónimo de tinieblas, negación de belleza y luz — se desatan ¡oh arcanos de la Providencia! en furiosa tempestad y destruyen la

capilla donde, junto a los príncipes de Francia, descansa Vinci.

Las osamentas se mezclan, macabramente, con restos hechos ya polvo...

Más tarde, en la era romántica, el poeta Houssaye descubre el esqueleto de un hombre de extraordinaria estatura; su cráneo excepcional reflejaba la fuerza creadora, ingente, del genio que allí anidaba. Sin duda eran los restos mortales de Leonardo de Vinci, el más audaz de cuantos vivieron en sus días y que, con profética visión, poseyó los adelantos actuales.

Su grandeza, con ser mucha, no guarda relación con lo que nos legó sino con lo que pudo habernos legado.

Este fué su santo y seña: «Yo continuaré...» Sólo él podía hacerlo.

EPILOGO

Leonardo de Vinci: ¡inconmensurable en la ciencia; divino en el arte!

Con ser extraordinarios los frutos de su inteligencia, resultan menguados en comparación con los horizontes que abrió al entendimiento, los prin-

principios fundamentales que estableció y la perspicacia con que utilizó los verdaderos métodos de investigación.

Para Leonardo de Vinci, la observación de la naturaleza y la experimentación fueron los únicos instrumentos de su saber. Ciencia y arte se disputaban los afanes de su espíritu inquieto... Sin ser pintor, no hubiera sentido la necesidad de estudiar como las leyes de la óptica y la estructura del ojo poniendo de relieve cómo la imagen se formaba en la retina; la anatomía del hombre y el vuelo de las aves.

Como ingeniero, tanto civil como militar, hizo frente a problemas complejos que no hubieran tenido solución sin una percepción clara y diáfana de los principios de la mecánica, dinámica y estática.

Para corregir un dibujo, para encauzar y aprovechar las aguas de riego o para tomar una ciudad fortificada, la realidad práctica y el fundamento esencial de las cosas eran de la mayor importancia para Vinci.

Leonardo percibió intuitivamente y

empleó el método experimental puro.

El coloso italiano no escribió ningún tratado acerca del método, pero sus ideas aparecen, por fortuna nuestra, en sus libros de notas.

Columbró el principio de la inercia. No le pasó inadvertida la imposibilidad experimental del «movimiento continuo» como manantial de energía. La evidencia de la imposibilidad la utilizó para demostrar la ley de la palanca, según el método de las velocidades virtuales. Restableció el concepto de Arquímedes sobre la presión de los flúidos. En punto a hidrodinámica, estudió el derrame del agua a través de orificios de diversas características. De las ondas líquidas pasó a las ondas del aire y del sonido.

En el dominio de la astronomía, concibió el Universo como una grandísima máquina celeste, adaptada a leyes definidas. Consideró la Tierra como una estrella igual a las demás. Vislumbra la esencia de la teoría de la uniformidad.

Como pintor y escultor, Leonardo sintió la necesidad de un conocimiento

to preciso sobre anatomía. Disecó muchos cadáveres e hizo gran número de dibujos anatómicos: éstos, meritísimos por la precisión de detalles y primorosos como obras de arte.

Anatomía y Fisiología van múltiples de veces, hermanadas. Esto explica por qué Leonardo se adelantara a su época y nos describiera ya, doctoralmente, cómo la sangre hace y rehace continuamente el organismo, aportando material a unas partes mientras elimina residuos en otras, al igual que un horno recibe la alimentación y evacúa las cenizas.

Estudió los músculos del corazón y trazó dibujos de las válvulas; comparó la circulación de la sangre con las aguas, que corren de las cumbres a los ríos y al mar, retornando desde el mar a las nubes para caer en forma de lluvia, todo lo cual hace presumir que Leonardo entrevió el principio de la circulación de la sangre un siglo antes de que fuera descubierta.

En nuestros días se han allegado documentos bastantes para precisar la posición de Leonardo de Vinci en la

historia del pensamiento científico, y es creencia universal que, si hubiese publicado su magna labor, la humanidad hubiera gozado un siglo antes de gran número de sus adelantos científicos.

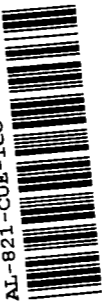
Su influencia personal fué considerable. El amigo de reyes y hombres de Estado, lo fué también de todos los personajes de su época destacados en las diversas disciplinas culturales, y no cabe duda de que, a través de unos y otros, se conservaron algunas de sus ideas. Ideas que, años más tarde, habían de añadir nuevos retoños a la ciencia.

Si nos viéramos precisados a elegir el tipo que mejor encarna el verdadero espíritu del Renacimiento, no vacilaríamos en señalar la mayestática figura de Leonardo de Vinci, que sin haber conocido a mujer ninguna en su peregrinación por la tierra, supo encarnar, por obra y gracia del arte, el rostro divino de su Gioconda.

E I N

B. Dip. Almería

AL-821-CUE-leo



1005419